

ELENA GARCÍA

DOCTOR ENGEL

Nunca es tarde para decir basta



Doctor Engel

Elena García

Esencia/Planeta

© Elena García, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Tavarius / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-08-21909-5
Depósito legal: B. 25.797-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Siento un empujón tan fuerte que pierdo el equilibrio. Caigo con violencia de rodillas al suelo. Los gritos y los insultos no cesan, sus manos agarran mi camiseta y tiran con fuerza. Noto cómo la ropa presiona mi cuello cuando lo hace. Me gira y, sin esfuerzo, consigue colocarme a la altura de sus ojos para que lo mire. Gotas de saliva mezcladas con alcohol llegan hasta mis mejillas, mis pestañas y mi nariz cuando me habla, está totalmente fuera de control...

Mario no era así cuando lo conocí. Llevamos juntos más de cinco años y estos dos últimos están siendo un infierno. Empezamos a salir en la universidad. Desde entonces, ha sido mi primer y único amor. Soy incapaz de dejarlo, no me atrevo, tengo miedo de su reacción. Sé que, si lo hago, enloquecerá, y quién sabe de lo que es capaz.

No entiendo por qué todavía lo quiero, aunque a veces creo que no es amor sino pena lo que siento. Mario sólo me tiene a mí, lo despidieron del trabajo hace diez meses y desde hace años no habla con su familia. Tiene mucho orgullo y un único amigo, con el que se emborracha casi a diario.

Hoy, el motivo de su enfado ha sido que al llegar a casa no había cerveza en la nevera. El de ayer, que tardé en abrirle la puerta. Había perdido su llave y cuando llamó yo estaba en la ducha. Hace tres días, que no le contesté un mensaje al instante, debido a que estaba en una reunión importante...

Cada día que pasa es peor. Con mucha sutileza, a lo largo de

estos años, ha ido ganándome terreno. Empezó con gritos, y al ver que por miedo cedía se sintió poderoso (lo veo diariamente en sus ojos) y continuó con insultos. Al poco llegaron las amenazas, y ahora me agrede físicamente sin piedad.

—Mario, suéltame, por favor, y tranquilízate. Acabo de llegar del trabajo y no me ha dado tiempo ni a abrir la nevera, ayer quedaban doce latas... —Diga lo que diga no me dará opción, y tampoco recordará que ha sido él quien se las ha bebido.

—¿A quién has invitado mientras he estado fuera, eh? ¡Dime, perra!

Llega el primer bofetón y siento el sabor tan familiar de la sangre en la boca. Sé que he vuelto a cortarme el carrillo interno con mis dientes por el impacto, justo en el mismo sitio que ayer. Cruzo los brazos sobre el rostro para evitar más daño, pero esta vez un fuerte puñetazo golpea mis costillas. El dolor es tan intenso que hace que expulse todo el aire de los pulmones, y tengo la sensación de que no voy a poder llenarlos nunca más. Mis brazos caen por la sacudida, dejando mi cara sin protección, y aprovecha para darme otro duro golpe en la mandíbula.

Los ojos se me cierran y me abraza una increíble sensación de paz. «¿Cómo es posible que algo tan agradable me invada en este momento?», me digo al tiempo que mi cuerpo se relaja. Puedo oír mi respiración tranquila, pero todos los demás ruidos se alejan hasta que desaparecen. Parezco de gelatina y los miembros no me responden. Sé que caigo al suelo al tiempo que recibo más patadas, pero ya no siento ningún dolor...

* * *

Tintineos y pitidos en la lejanía, murmullos... Mi sentido de la audición está volviendo. Papeles que se rasgan, plásticos batiéndose en el aire, telas y líquidos. No necesito abrir los ojos para percibir gente a mi alrededor. Una dulce y ronca voz masculina perfora mi canal auditivo, y no es la de Mario. Al momento, un fuerte dolor de

cabeza se apodera de mí y, cuando intento llevarme las manos a la cara, alguien me lo impide.

—Quieta, Natalia. ¿Puedes abrir los ojos? —Esta vez habla una mujer.

—Sí, creo que sí —respondo, pero cuando lo voy a hacer, llega la siguiente pregunta y se me hiela la sangre.

—¿Recuerdas lo ocurrido? —Claro que lo recuerdo, pero no puedo contárselo. El miedo a que puedan leer la verdad en mi mirada me obliga a mantener los ojos cerrados.

—No lo sé... —contesto rápidamente.

—Tu novio nos ha comentado que te has caído por la escalera cuando ibas a la compra. ¿Es cierto? El chico está ahí fuera, esperando noticias y bastante nervioso.

Abro los ojos sorprendida y, al momento, una luz cegadora me hace volver a cerrarlos. Hay una enorme lámpara encima de mi cabeza. Cuando por fin consigo enfocar a la enfermera, siento confusión. «¿Será verdad? ¿Me habré caído como dice? Es cierto que tenía que salir a la compra, pero... no recuerdo haber bajado ningún escalón...» Y es ahí cuando me doy cuenta de todo. Es un puto mentiroso.

—No lo recuerdo, señorita —digo aterrada, tratando de ocultar lo ocurrido.

—Natalia. —Me sobresalto. La ronca voz masculina de antes suena a mi derecha.

Me vuelvo para verlo y lo primero que encuentro es a un hombre enorme vestido de verde. Mide alrededor de un metro noventa. Musculoso y con los ojos más azules que he visto en mi vida. Tiene el cabello despeinado, es rubio y lleva una barba de tres días. «¿Estoy en un hospital o en el cielo?» Dudo. Su mirada parece la de un ángel.

—Soy el doctor Engel, tu traumatólogo.

—Encantada, doctor Engel. —Mi voz suena forzada. Tiene un ligerísimo acento y creo que puede ser alemán.

—Vamos a tener que vernos durante algún tiempo, Natalia. Tienes varias contusiones que debemos vigilar. No son graves,

pero hay que tenerlas bajo control. Especialmente la de tu brazo izquierdo. —En ese mismo momento descubro que lo tengo inmovilizado.

—Doctor..., ¿varias? —replico sorprendida. Me parece increíble que hable de varias, cuando hasta el momento no siento ningún dolor.

Miro hacia arriba y veo botes de suero colgados y goteando. De ellos salen varios tubos transparentes que acaban en el pliegue de mi brazo sano.

—Sí. También tienes dos costillas afectadas, además de un golpe muy feo en el mentón. —Toca mi mandíbula para volverme la cabeza y observarlo mejor. Me mira directamente a los ojos y veo rabia e impotencia en los suyos. Con una voz seca y seria a la vez, prosigue—: Perdona que insista, Natalia, pero... ¿seguro que no recuerdas nada?

Sus palabras hacen que un escalofrío recorra mi espalda. Si no actúo bien van a descubrir que miento. Quizá lo intuyen, pero no puedo arriesgarme. Retengo el aire en los pulmones y en ese instante compruebo que mis costillas están tan afectadas como me han anunciado. La presión es tan grande como si un elefante me pisara y, con gesto de dolor, contesto:

—No, doctor Engel, no recuerdo nada...

No me siento cómoda mintiendo. Yo no soy así. Mis padres siempre se han preocupado por enseñarnos a mis hermanos y a mí a ser sinceros, y los estoy traicionando. Noto cómo me observa y estoy segura de que ha descubierto mi batalla interna. Levanto la mirada y ahí están de nuevo esos intimidantes ojos azules, clavados en los míos. Esta vez juraría que es pena lo que veo en su expresión.

—Bien, entonces aquí ha terminado mi trabajo por ahora. Te veo dentro de unas horas. —Su voz me saca de mis pensamientos y pestañeo confusa. Hay enfado en su manera de hablar y no dice nada más. Deja unos folios a los pies de la cama y no espera a que me despidan ni le dé las gracias. Da media vuelta y se va.

Me quedo a solas con la enfermera y en silencio. Ella también parece estar extrañada por la forma en la que se ha marchado el

doctor. Observa la puerta durante algunos segundos y, al ver que no regresa, vuelve su atención a mí.

—Vale, vamos allá —me dice poco convencida—. Terminaré yo de explicarte lo que vamos a hacer ahora, ¿de acuerdo? —Asiento—. Te vamos a dejar en esta sala durante algunas horas. Necesitamos saber el porqué de la pérdida de conciencia que has sufrido. Aunque creemos que se trata de un traumatismo craneal menor. De todas formas, vendrá a verte nuestro neurólogo.

—¡Suena horrible! —exclamo asustada.

—Tranquila, esto suele ocurrir cuando la cabeza se mueve muy rápido debido a un golpe. Posiblemente al de tu mentón. Si te sientes mejor y el resultado de las exploraciones que te hagan son correctos, podrás irte a casa, pero alguien deberá vigilarte allí durante las próximas veinticuatro horas.

Media hora después, el neurólogo está conmigo probando todos mis reflejos. Anota algunas cosas en su carpeta, coloca más goteros al lado del suero y, cuando termina, se marcha dejándome sola. No sé cuánto tiempo pasa hasta que los nuevos calmantes me hacen efecto, pero mis párpados se vuelven mucho más pesados y me duermo.

* * *

—De acuerdo, Natalia. —Vuelvo a oírlo y me despierto asustada. Por un instante, no sé dónde estoy, hasta que me oriento y lo recuerdo. Al notarme alterada, el doctor pone una mano sobre mi cabeza mientras se acerca para hablarme, y ese gesto tan familiar consigue que mi respiración se calme—. Pues parece que has tenido suerte esta vez y te vas para casa... —Si él supiera, no lo llamaría suerte.

—Eso parece —contesto sin demasiado entusiasmo.

—No podemos hacer más si no nos ayudas, querida.

—¿Cómo? —El corazón me late en los oídos.

—La enfermera Adelaida y yo llevamos demasiado tiempo tra-

bajando juntos en traumatología como para saber qué heridas o traumas son compatibles con caídas y cuáles no. Casualmente, éste no parece ser el caso...

«Mierda, mierda y más mierda», me digo. Apenas puedo respirar, y no por el golpe.

—No sé de qué me está hablando, doctor —respondo sin pensar.

—Ojalá esté equivocado, pero yo creo que sí.

Me quedo muda. El latido de mi corazón golpea ahora en mis sienes y el silencio me traiciona.

Me mira directamente a los ojos y sonrío de una forma lastimera que eriza mi vello. Sin decir una palabra más, empieza a quitarme todos los tubos con ayuda de la enfermera, y me siento tan incómoda que lo único que quiero es irme de allí lo más rápido posible, pero sólo pensar lo que me espera fuera hace que me replantee varias veces la idea. No sé qué es peor...

—Nos vemos dentro de un par de días, Natalia —dice el doctor—. Te dejo el informe de alta, ya que tus lesiones no requieren ingreso. Sólo necesitas mucho reposo y estos calmantes. —Me señala una caja verde—. Ahí también está la cita para que sepas dónde acudir. El jueves a las cinco de la tarde te veo —y, sin más explicaciones y sin darme tiempo a nada, se marcha de nuevo.

Cuando me quedo sola recojo los papeles, los reviso y descubro entre ellos algunos documentos de asociaciones dedicadas a ayudar a víctimas del maltrato y su número de teléfono. «No puede estar pasándome esto a mí...»

Un auxiliar de enfermería tiene que ayudarme a vestirme. Hasta este momento no he sido consciente de lo difícil que van a ser para mí estos días. Mi madre, una de las dos personas que podría ayudarme, está viviendo en Toledo y tampoco quiero asustarla, por lo que se lo ocultaré todo el tiempo que sea posible. Y a Laura, mi mejor amiga, no voy a poder engañarla. Ella sabe algunas de las cosas por las que he tenido que pasar, debido a que necesitaba desahogarme, y aunque con ella siempre he tratado de quitarle hierro al asunto, sabe lo que hay.

Cuando me llevan a la sala de espera donde están los familiares, puedo ver a Mario, y, cuando se vuelve hacia mí, mi pelo se eriza como si fuera un animal asustado. Baja la mirada al tiempo que aprieta los labios y puedo ver en su rostro que está bastante afectado. Juraría que tiene remordimientos.

Sé que siempre se arrepiente después de nuestras peleas, y verlo así me da tanta lástima que le perdonaría cualquier cosa. No es mal tío, es sólo que se altera con facilidad y está pasando por una mala racha.

Mario tiene el detalle de traer el coche a la entrada de urgencias para que no tenga que caminar hasta el aparcamiento, algo que le agradezco enormemente. Espero sentada en una silla de ruedas mientras vuelve, y cuando lo veo aparecer me pongo en pie para intentar llegar hasta él. Por culpa del dolor tan horrible que siento en las costillas, voy mucho más despacio de lo que me gustaría. Es un verdadero suplicio andar y respirar a la vez. Mario empieza a perder la paciencia y se cabrea.

—No debe de haber una tía más blanda y quejicosa que tú —me dice mientras voy dando pequeños pasos a la vez que lucho contra el ahogo. Decido no contestar y dejarle decir lo que quiera, porque, si no, será peor—. ¡Vamos, coño! —vuelve a increparme—. ¡Se nos va a hacer de día, a este paso!

La gente lo mira con desprecio desde la calle y siento vergüenza ajena. Él, en cambio, siente todo lo contrario: saca pecho creyendo que ven a un hombre, muy hombre y dominante, e incluso se atreve a sonreír orgulloso, haciéndome sentir dolida y humillada. Es por su culpa que estoy así, y para colmo se está riendo de mí. No merezco esto. No tiene derecho a tratarme de esta forma. Sé que no soy gran cosa, él se encarga de hacérmelo ver cada día, repitiéndome a todas horas... Seguramente nadie me vaya a querer nunca, porque, como él dice, no valgo nada, pero creo que no merezco esto. Nadie merece esto. Me tiene agotada física y psicológicamente, y desde hace meses tengo la sensación de que no puedo más. A mis veinticinco años estoy acabada y hundida. Mi vida no tiene sentido. No puedo dejarlo, pero tampoco quiero seguir viviendo

así, y para colmo no puedo contárselo a nadie por miedo a represalias. Estoy totalmente perdida...

El regreso a casa lo hacemos en silencio. Como no quiero mirarlo a la cara, me paso parte del trayecto observando los coches que nos adelantan. Hasta que noto su mano en mi muslo y unas horribles náuseas se apoderan de mí. Lo miro y veo que me está sonriendo, trato de mantener la calma evitando devolverle la sonrisa para no darle pie a nada y ladeo de nuevo la cabeza hacia la ventana.

—¿No piensas decirme nada? —suelta entonces.

—¿Qué tengo que decirte? —replico.

—Pues no sé, Natalia, llevo todo el jodido día esperándote en el hospital, al menos deberías agradecérmelo, ¿no crees? —Lo fulmino con la mirada. ¿En serio ha dicho eso?—. ¡Eres una puta desagradecida! —Cuando clava sus ojos en los míos, siento pánico y bajo la cabeza por instinto. Aun así, no puedo evitar contestarle.

—¿Perdona? Me has golpeado hasta hacerme perder el sentido, Mario. —Necesito que entienda que ha estado mal.

—Te recuerdo que tú has sido la que ha provocado todo esto, señorita... —me responde con sarcasmo.

Esto ya es demasiado para mí. Es irreal y debo de estar soñando, si no, no me lo explico.

—Pero ¿qué me estás contando? —pregunto visiblemente afectada.

—Tú eres la inútil que se ha caído por la escalera. Eres muy, pero que muy torpe, Natalia. —Se vuelve y me sonrío maliciosamente mientras me pone la mano en el muslo de nuevo—. Tendrás que compensarme, ¿no crees?

Las náuseas regresan en ese instante y trato de contenerme para no vomitar.

Segundos más tarde llegamos a la puerta de nuestro edificio y le pido, por favor, que se detenga para que pueda bajar mientras él aparca. Cede y respiro aliviada. No sé si sería capaz de llegar hasta la casa, nuestra plaza de garaje está bastante alejada. Como puedo, salgo del coche tratando de ocultar mi dolor y, aunque mis ojos se

llenar de lágrimas y la torpeza es evidente, me esfuerzo por disimularlo. Lo último que quiero es oírlo protestar.

El siguiente reto al que me tengo que enfrentar es la escalera. Vivimos en un segundo sin ascensor y por primera vez, empiezo a arrepentirme de no haber elegido un bloque de pisos mejor. De uno en uno y muy lentamente, voy alcanzando cada peldaño. No he llegado todavía al primer descansillo cuando lo oigo detrás. Me vuelvo esperando alguna de sus quejas, pero simplemente me mira y a continuación sube de tres en tres los escalones dejándome allí. Casi media hora después, y tras tener que hacer varias pausas, logro llegar.

Aliviada, abro la puerta con mi llave y, nada más entrar, oigo el agua de la ducha. «Por fin un rato tranquila», me digo. Me siento en el sillón e intento relajarme. Pasados unos minutos me doy cuenta de lo tarde que es, pero ya no tengo fuerzas para llegar hasta la cama, así que, como puedo, coloco un cojín bajo mi espalda y no tardo en caer rendida en un profundo sueño.

* * *

Un rayo de sol entra por la ventana y me despierta, y en cuanto abro los ojos soy consciente de que me duele todo. Por un momento creo que no seré capaz de levantarme, pero después de probar varias posturas, encuentro la correcta y lo logro, aunque con mucho trabajo. Miro hacia la habitación y, al ver que todavía está la puerta cerrada, intuyo que Mario sigue durmiendo. Camino con mucho cuidado para no hacer ruido, ya que últimamente se altera con facilidad y no quiero despertarlo, y busco algo para desayunar. Nada llama mi atención, pero no puedo tomarme las pastillas con el estómago vacío, así que sigo buscando entre los muebles por si hubiera algo más apetecible. Finalmente encuentro un donut y prácticamente tengo que obligarme a comerlo.

Apenas puedo masticar, abrir y cerrar la boca se ha convertido en una ardua tarea debido a la inflamación, y lo que hace apenas

unas horas habría disfrutado hoy se ha convertido en una auténtica tortura. Bebo un poco de agua para ayudarme a tragar y aprovecho para tomar mis pastillas antes de ir hasta el baño a asearme. Todavía no he llegado cuando la puerta de nuestro cuarto se abre y Mario sale de él. Me mira durante unos segundos y, por acto reflejo, le devuelvo la mirada. Está prácticamente desnudo, sólo lleva unos calzoncillos negros. Se da la vuelta como si no me hubiera visto y, sin mediar palabra, avanza hasta la cocina. Ya ni siquiera me da los buenos días, aunque de buenos nada tengan.

Lo repaso con la mirada mientras se aleja. Es un hombre muy atractivo. Su pelo moreno con aire descuidado y sus ojos negros y ligeramente rasgados me enamoraron el primer día que nos vimos. Siempre ha sido musculoso..., pero en el último año ha cogido varios kilos, imagino que es debido a la cantidad de alcohol que ingiere diariamente y a que ya no practica ningún tipo de deporte.

—¡Hija de puta! —Salgo rápidamente de mis pensamientos. El corazón me sube a la garganta y siento la sangre correr en mis venas—. ¡Te has comido mi donut!

«Mierda, no...», me digo cuando oigo el ruido de sus pies descalzos caminar con furia hacia mí. Trato en vano de aligerar el paso todo lo que puedo para llegar al baño y poder encerrarme en él, pero no tarda en darme alcance, sujetándome por el brazo que tengo sano.

—Mario, Mario, escúchame por favor. —De nada sirve, no tarda ni tres segundos en empotrarme contra la pared. El dolor es tan fuerte que creo que me voy a desmayar, pero, aun así, saco fuerza para intentar dialogar—. Mario, te lo suplico, escúchame. —Apenas puedo hablar porque no me entra el aire.

—¡Lo haces a propósito, te has propuesto joderme la vida y desquiciarme —me grita—, pero pienso acabar contigo, ¿me oyes?! ¡Voy a destruirte como tú estás intentando destruirme a mí! —Hace más presión contra mi cuerpo y la pared.

—Mario, por favor, jamás te haría algo así, lo he visto en el armario y no pensé que fuera tuyo. Lleva ahí varios días, desde que lo

compré la semana pasada, imaginé que no lo querías. —Trato en vano de hacerlo entrar en razón.

—Deja de jugar conmigo, Natalia. —Su mano agarra mi cuello—. Deja de reírte de mí o te juro que lo vas a lamentar, puedo hacerte mucho daño. —Siento que me ahoga e intento con la mano libre soltarme, pero no afloja—. Tú no sabes con quién estás jugando. —Sus ojos me dicen que no miente.

—De acuerdo, Mario —le digo intentando que me salga la voz—. Lo siento, te prometo que ha sido un error. Suéltame y ya verás cómo no vuelve a pasar. He aprendido la lección. Soy una idiota.

Lentamente noto que mis palabras han surtido algún efecto, y deja de presionar mi tráquea. Sus ojos siguen mirándome con un odio que no entiendo y, aunque mantiene la respiración agitada, se aparta poco a poco de mí y regresa caminando a la cocina. Me quedo apoyada en la pared mientras mis piernas vuelven a la normalidad y dejan de temblar, y no puedo evitar notar cómo mi corazón termina de romperse en mi interior. Debo hacer algo con urgencia.

Camino de nuevo hacia el baño y me quedo mirando la ducha. Valoro si podré hacerlo sola y me rindo. Sé que ahora es imposible, así que opto por dejarlo para más tarde. Cuando me dispongo a lavarme los dientes, me quedo inmóvil ante la imagen de mi espejo. Tengo el mentón totalmente hinchado y de color violeta oscuro, marcas rojas en el cuello, el brazo en cabestrillo y estoy encorvada por el dolor. No puedo creer que lo haya dejado reducirme a esto.

Mis ojos se llenan de lágrimas y por primera vez siento que he tocado fondo, lloro y lloro sin parar, no puedo contenerme y me derrumbo por completo. Definitivamente necesito ayuda. Por primera vez, no me importan sus represalias, prefiero morir a tener que seguir viviendo así.

Cojo el teléfono y en lo primero que pienso es en mandar un mensaje a Laura, pero recapacito y no lo hago. Necesito contárselo a alguien que pueda seguir teniendo la cabeza fría después. Laura sólo querría matarlo en ese momento y la cosa empeoraría.

Salgo del aseo y me dirijo a por mis informes médicos. Mientras él sigue en la cocina, busco entre ellos, hasta que doy con la hoja de las asociaciones de mujeres maltratadas que dejó allí el doctor Engel. La miro detenidamente. Dudo. Intento pensar, pero me quedo en blanco, y por un momento no sé qué contarles, porque no sé cómo van a actuar. «¿Y si esto lo empeora?», me planteo. No sé por dónde empezar... Doblo la hoja y la guardo en el bolsillo de mi pantalón, esperaré un poco, hasta tener las ideas claras.

* * *

El día transcurre sin más complicaciones, pero, como ya es habitual en mí, cada ruido me sobresalta de manera exagerada, y siento el corazón debajo de la lengua continuamente. Este estado de alerta constante en el que vivo no debe de ser nada bueno para mi presión arterial. Mario decide salir con su amigo, por lo que aprovecho para llamar al trabajo, comunicar mi «accidente» y anunciarles además que no podré ir durante las próximas semanas. Claudia me desea una pronta recuperación y, antes de colgar, me asegura que me echarán de menos.

A pesar de la crisis, la empresa de diseño gráfico y publicidad en la que trabajo funciona muy bien, y lo que menos falta hacía ahora era otra baja. Andrés está de vacaciones y Paula, disfrutando de su maternidad.

Cuando dan las dos de la mañana, Mario todavía no ha llegado. Cansada de esperar, me dirijo a la cama, y apenas tardo unos minutos en quedarme dormida. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo la llave de la puerta girar y varios golpes, seguidos de balbuceos. Me levanto lo más rápido que mis lesiones me lo permiten y voy hacia la entrada para encontrármelo a cuatro patas en el suelo, viene tan borracho que debe de haberse caído. Levanta la cabeza y mi vello se eriza al ver el desprecio con el que me mira.

—Mira cómo estoy por tu culpa, Natalia, me das tanto asco que tengo que beber para soportarte. —Siento cómo mi corazón se en-

coge, aun así, trago saliva y trato de convencerme de que no es él quien habla, sino el alcohol que corre por su torrente sanguíneo.

—Deja que te ayude, tienes que ir a la cama. —Me acerco y le ofrezco la mano derecha. La acepta y de un fuerte tirón consigue derribarme. Mientras me encojo de dolor en el suelo, él gatea por mi cuerpo hasta quedar tumbado encima de mí, entre mis piernas.

—Vamos, perra, dame lo que quiero. —Se mueve simulando el coito. Me aplasta las costillas y las náuseas regresan. Ahora la que siento asco soy yo.

Busco en mi cabeza una idea para poder quitármelo de encima y creo que la encuentro.

—Vamos a la cama —le propongo—. Allí estaremos más cómodos.

Me mira sonriendo y acepta mi petición. Se levanta tambaleándose y se dirige a la habitación mientras yo sigo tumbada, jadeando e intentando tranquilizarme.

—Voy enseguida —le digo desde mi posición. Recupero el aliento y, con trabajo, consigo ponerme en pie sin dejar de pensar en la manera de ganar más tiempo—. Dame un minuto, Mario, voy al baño primero.

Paso más de quince minutos encerrada allí, con la espalda pegada a la puerta y el corazón golpeándome fuertemente en el pecho. Cuando creo que por fin se ha quedado dormido, salgo de puntillas y descubro que ha funcionado. En ese momento respiro aliviada, y de nuevo decido dormir en el sillón.